

Gabriel Celaya cargado de poesía

El 18 de abril de 1991 murió en Madrid el poeta vasco Gabriel Celaya, cuando ya habíamos utilizado sus versos para la primera nota de esta revista.

Fue el más representativo de los poetas que cultivaron la poesía social. Extenso, variado e inquieto se movió sucesivamente en una línea neorromántica, surrealista, social y personal.

Como tantos españoles bebió en la fuente de los poetas de la generación del 27 (García Lorca, Miguel Hernández...) y construyó junto a Blas de Otero y José Hierro una poesía de cara al mañana una poesía para "reivindicar lo humano contra lo precioso y hablar de lo que todo el mundo habla en la calle sin hacer asco y sin ponerse de puntillas."

Creó, como nosotros creemos en la educación (y la poesía es parte de ella) que "la poesía no es un fin en sí. La poesía es un instrumento entre otros para transformar al mundo."

AVISO

La ciudad es de goma lisa y negra,
pero con boquetes de olor a vaquería,
y a almacenes de grano, y a madera mojada,
y a guarnicionería, y a achicorias, y a esparto.

Hay chirridos que muerden, hay ruidos
inhumanos,
hay bruscos bocinazos que deshinchán
mi absurdo corazón hipertrofiado.

Yo me alquilé por horas; río y lloro con
todos;
pero escribiría un poema perfecto
si no fuera indecente hacerlo en estos
tiempos.

(Tranquilamente hablando, 1947)

PASA Y SIGUE

Uno va, viene y vuelve, cansado de su
nombre;
va por los bulevares y vuelve por sus versos,
escucha el corazón que, insumiso, golpea
como un puño apretado firmemente
llamando,
y se sienta en los bancos de los parques
urbanos,
y ve pasar la gente que aún trata de ser
alguien.

Entonces uno siente qué triste es ser un
hombre.

Entonces uno siente qué duro es estar solo.
Se hojean febrilmente los anuarios buscando
la profesión "poeta" -¡ay, nunca registrada!-.
Y entonces uno siente cansancio, y más
cansancio,
solamente cansancio, tiempo lento y
cargado.

Quisiera que escucharais las hojas cuando
crecen,
quisiera que supierais lo que es abrirse el
aire
creyendo que uno colma de evidencia el
instante
con su golpe de savia y ascendencia situada,
quisiera que pensarais después de tanto
esfuerzo
que esa gloria y sorpresa fueron luz, fueron
nada.

Lloraríais conmigo la lágrima o la estrella,
lloraríais verdades de temblor transparente.
caeríais como gotas de lo espeso afligido
y en lo pálido y liso diminutos tambores
sonarían al paso de los números neutros
como largos sumandos de implacable
cansancio.

Lloraríais, y ¡ay!, lloro, yo, plural, yo,
horadado,
desalmándome lento, sintiendo ya los
huesos
que, sueltos, se golpean, y al fin,
desencajados,
baten, baten, aventan -polvo y paja- mi vida.
Lloraríais si vierais cómo pienso en
vosotros.
Lloraríais, y ¡ay!, lloro, lluevo amén mi
fatiga.

Da miedo ser poeta; da miedo ser un hombre
consciente del lamento que exhala cuando
existe.
Da miedo decir alto lo que el mundo
silencia.
Mas ¡ay! es necesario, mas ¡ay! soy
responsable
de todo lo que siento y en mi se hace
palabra,
gemido articulado, temblor que se
pronuncia.

Pensado: ser poeta no es decirse a sí
mismo.
Es asumir la pena de todo lo existente,
es hablar por los otros, es cargar con el peso
mortal de lo no dicho, contar años por
siglos,
ser cualquiera o ser nadie, ser la voz
ambulante
que recorre los limbos procurando
poblarlos.

A través de mi pasa: yo irradío transparente,
yo transmito muriendo, yo sin yo doy estado
al hombre que si mira parece que algo exige,
y simplemente mira, me está siempre
mirando,
y esperando, esperando desde hace mil
milenios
que alguien pronuncie un verso donde poder
tenderse.

Sonámbulos acuden a mi los que no saben
si sufren o si sólo por no muertos del todo
aún siguen suspirando sin encontrar su
forma,

su expresión absoluta, su descanso y mi
olvido.
Y como quien conjura fantasmas yo
pronuncio
palabras en que dejo de ser quien soy por
ellos.

Cuando grito, no grita mi yo para decirse.
Cuando lloro, quien llora dentro de mi es
cualquiera,
y es tan sólo en los otros donde vivo de
veras.
Mis cantos son los cantos rodados que una
mansa
corriente milenaria suaviza y uniforme,

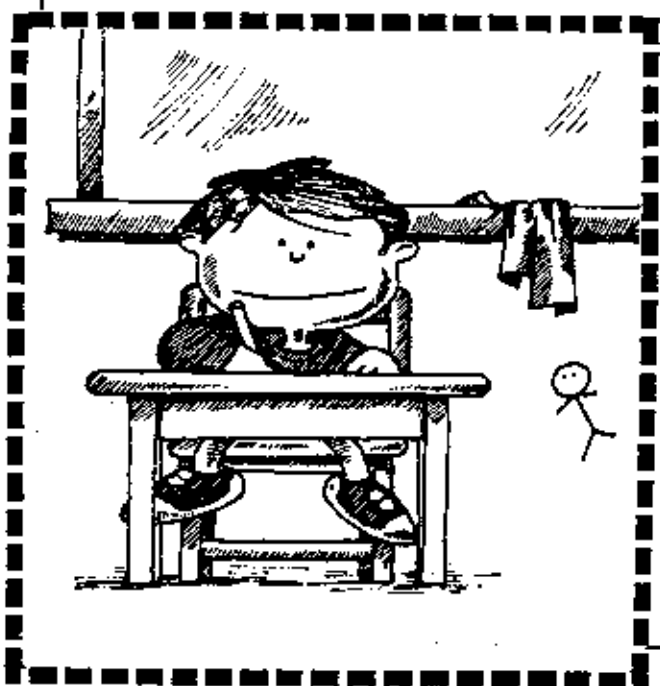
¡Oh jóvenes poetas!, mirad, estoy llamando,
hundido en ese fondo que aún no ha sido
expresado
de los muertos y el muerto que yo sumo al
fracaso.
Decid lo que no supe, lo que nadie aún ha
dicho.
Yo cumplí lo que pude, pero todo fue en
vano,
y hoy me siento cansado -perdonadme-
cansado.

No me hagáis más preguntas. Cantad para el
mañana
lo común de la sangre, lo perpetuo y
corriente.
No, al solo yo atentos, penséis que vuestra
muerte
es la muerte sin vuelta y el fin de vuestro
anhelo.
Mientras haya en la tierra un solo
hombre que cante,
quedará una esperanza para todos
nosotros.⁽¹⁶⁾

(16) Poema dirigido a los jóvenes poetas a
los que transmite, a pesar del cansancio, su
mensaje de esperanza en la palabra que siga
cantando cara al mañana / lo común de la
sangre, lo perpetuo y corriente".

LA POESIA ES UN ARMA CARGADA DE FUTURO

Cuando ya nada se espera personalmente
exaltante,
mas se palpita y se sigue más acá de la
conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirm
ando,
como un pulso que golpea las tinieblas,



cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,
se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueldades.
Se dicen los poemas
que ensanchan los pulmones de cuantos,
asfixiados,
piden ser, piden ritmo,
piden ley para aquello que sienten excesivo.

Con la velocidad del instinto,
con el rayo del prodigio,
como mágica evidencia, lo real se nos
convierte
en lo idéntico a sí mismo.

Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por
minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que
glorifica.

Porque vivimos a golpes, porque apenas
sí nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin
pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y
evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido
hasta marcharse.

Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos
sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis
penas
personales, me ensancho.

Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por eso con técnica, qué puedo.
Me siento un ingeniero del verso y un
obrero
que trabaja con otros a España en sus
aceros.

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo inánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.

No es un bello producto. No es un fruto
perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro
llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo
mentado.
Son lo más necesario: lo que tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra, son
actos.
(Cantos iberos, 1955)

Justicia elemental

Considerando en serio que a unos les faltan
dientes,
que a otros les faltan uñas
y que, en general,
la vesícula biliar
les duele a los millonarios y es un lujo
mortal,
cambiemos el régimen,
seamos racionales:
Que los que tengan dientes, muerdan;
que los que tengan uñas, arañen a rabiar,
y que, en general,
el champán y la vesícula biliar
sean un patrimonio de toda la humanidad.



Gabriel Celaya nació en España
(Guipuzcoa) en 1911. Escribe poesía
desde los 12 años y publica su primer libro
Mareas del silencio en 1935, con el que
obtiene el premio Centenario de Bécquer.
Realizó el bachillerato en San Sebastián y la
carrera de Ingeniero Industrial en Madrid.
En 1946 publica Tentativas. En 1946 funda
y dirige la colección de poesía Norte y en
1956 su obra De claro en claro recibe el
Premio de la Crítica. Este año abandona la
profesión de ingeniero para dedicarse a la
actividad literaria. Otras obras suyas: Poesía
(1934-61); Los buenos negocios (1965);
Baladas y decires vascos. En 1986 recibe el
Premio Nacional de las Letras Españolas.
Murió en Madrid el 18 de abril de 1991.

